

Europa unida y desunida

MARÍA RIAZA*

Vamos a dar comienzo a la segunda parte de este trabajo (que se prometió como un “continuará”). Aquí tendrá como tarea la Europa oriental y la occidental (la que ha pasado durante mucho tiempo como la única Europa). Es decir, de la fisura entre el mundo de lenguas latinas y germanas, y el mundo eslavo.

Decíamos entonces que Europa una está atravesada Norte a Sur por una honda fisura. También decíamos allí que esta “unidad” puede considerarse como una unidad enferma, o con más precisión, que no constituye una verdadera unidad; una verdadera Europa. Europa no es tan sólo una unidad económica, ni tan siquiera histórica y pasada, sino una proyección hacia el futuro. Y este proyecto tiene que buscar por lo menos dos cosas: que sea viable y que sea ilusionante. Ahora, creo, no cumple ninguna de estas dos condiciones. Para lanzar este proyecto,

es necesario conocer cómo se ha producido — mejor, cómo se ha continuado produciendo— el rompimiento.

Volvamos ahora a nuestra antigua metáfora del suelo y el subsuelo. Las “placas tectónicas” en nuestra primera parte lo constituían las culturas griega y latina. Aquí ya no. Estas lenguas se han fragmentado y han dado origen a otras “sublenguas” cada vez más independientes y con sus propias culturas. Estos bloques culturales aparecen como rayas en una superficie continua: fisuras de poca monta. Aunque la raíz anterior ha quedado por bajo de ellas, aún se nutre del griego y del latín. Los países occidentales, principalmente del latín, los orientales, del griego. En cuanto a lo político se refiere, la unidad política de la Europa occidental se llamó “imperio romano-germánico” (este último es el elemento nuevo respecto a los que analizamos anteriormente). Y va a ser un elemento importante en la actual

consideración. También en el lado oriental-eslavo (principalmente el ruso) va a existir esta rama germánica (sobre todo morfológica y semántica); se trata de una incursión del germano en el eslavo. Pero, por otra parte, también hay que tener en cuenta la repercusión del griego. Algunos matices verbales (más que matices, podríamos decir colores) proceden del griego, y también lo recuerdan algunas construcciones sintácticas. Para no hablar del alfabeto, tomado adaptándolo a la fonética eslava, tanto el glagolítico como el cirílico. Así pues, los pueblos eslavos, que van a empezar a contar en la historia en la Edad Media, tendrán dos componentes que enlazan con otras culturas (¿europeas?). Con estos dos elementos, de fuerza e integración, va a aparecer el antiguo elemento unificador: el cristianismo. Efectivamente, Rusia (la llamada Rus de Kiev) se hace cristiana en el año 988. De la Rusia de Kiev se va a pasar a la de Moscú, a través del puente de Vladimir-Suzsál y de Novgorod.

La parte occidental

En la parte occidental vamos a tener en cuenta dos fenómenos definitorios (nos estamos refiriendo a la Edad Media): la formación de las nacionalidades (que son disgregadoras) y el nuevo intento unificador del cristianismo. Este intento tiene dos hitos a considerar: las órdenes religiosas y la Teología.

Sin embargo, digamos algo, aunque sea poco, de estos aspectos que constituyen un mundo. No podemos siquiera esquematizar todo esto. España, Francia e Inglaterra, y algo después Italia y Alemania, se van constituyendo como naciones. Con una lengua propia. Esta lengua propia es como la carne y los músculos de la nación. La primera unificación nacional fue la española al dar fin a la expulsión del Islam. Ahora cada “placa” ha quedado hendida y dividida. Esta hendidura no es profunda (sería como un arañazo), por eso podemos decir que esta nueva unidad tiene otra estructura.

Pero como antes, el velo del cristianismo intenta una unión supranacional, se trata de nuevas

órdenes religiosas (primero los benedictinos, después las nuevas órdenes mendicantes). También la relevancia de la Teología. Todas las instituciones se sostienen en el latín, que convive con las nuevas lenguas-hijas. Se trata de elementos unificadores y configuradores de la Europa occidental.

De entre estas órdenes vamos a elegir (al no poder tratar todas) la fundada por San Francisco de Asís y Santa Clara en el siglo XII. Son santos que sacralizan la pobreza y la exaltación de la naturaleza como reflejos de la divinidad. Quizás alguien crea que esto ya se había dado incluso en el mundo bíblico (salmos que ensalzan la obra de Dios en la naturaleza: montañas, mares, animales...). Aquí hay algo nuevo: el amor que despiertan por proceder y ser lumbreras de Dios. Es este amor (caridad-ágape) el camino para conocer. Este fundamento es el que refleja la pintura del primer Renacimiento italiano (que, anticipemos, no deja de estar influido por el mundo de los iconos orientales).

Hay otro aspecto que quiero mencionar (para ejemplificar la cuestión de los rasguños dentro de una superficie con pretensiones de continuidad): en la orden de san Francisco se da una grave escisión entre los partidarios de la pobreza extrema y la mitigada (la compaginable con los bienes terrenales, siempre que los detente la institución y no la persona). Y he llamado la atención sobre este punto porque tiene su paralelo al otro lado e la fisura: el lado oriental. Constituye este apartado aquello referido a lo que podríamos designar como “vida espiritual”, la cual incluye la vida de oración y la mística, que tanto valor va tener en la configuración eslava.

Ahora vamos a tratar el tema del pensamiento. La primera gran influencia procede, aunque indirectamente, del mundo griego: platónico y neoplatónico: San Agustín, el santo inspirador de la primera Teología occidental (dejemos de lado, pero mencionándola, la llamada “teología negativa” que tendrá su culminación, ya en el

mundo medieval, con Escoto Eriugena). Es el platonismo y neoplatonismo lo que va a constituir la médula del pensamiento cristiano occidental hasta el Renacimiento.

Sin embargo, en la época de pleno florecimiento del pensamiento medieval occidental, se va a producir una inflexión aguda: el descubrimiento de Aristóteles como metafísico (la lógica y la ética del mismo ya habían sido incorporadas): Estamos en el siglo de oro de la Escolástica, el siglo XIII. Para aprovechar este hallazgo, sin disentir del dogma cristiano era necesario insistir en el aspecto de la finitud humana, frente a la infinitud divina. Esta empresa pensante, no va a quedar completamente esclarecida ni siquiera en Santo Tomás, brillante éste —el teólogo más importante de la época—, y se necesitará la teología de Duns Escoto (precisamente un franciscano) para llevarla a cabo. Precisamente para él “el constitutivo formal de la esencia divina” será la infinitud.

Hay otro tema de importancia para este modo de conocimiento de Dios: la separación de la existencia y la esencia o la no separación según se trate de lo finito o lo infinito. En Santo Tomás, el tema adolecía de una dificultad para inteligir lo individual y, por tanto, lo finito (y, por tanto el decisivo tema de “existencia recibida”). El tema de la esencia individual de suyo (aunque haya sido recibida) va a ser expuesto por Duns Escoto con suma sutileza y, por tanto, con difícil comprensión. Además esta doctrina brotará, y será continuada, por un orden principalmente orante, por eso habrá, muchas veces, adolecido de escasa comprensión.

Otro tema que debemos aquí tratar es el de la fundación de las universidades. No sólo hay que crear accesos al conocimiento de Dios, pasando por el conocimiento del hombre y del cosmos (hacer una Antropología y una Cosmología), sino que hay que crear organizaciones para transmitir los saberes y procurar su supervivencia y mejora. Fue el papel que asignó a las Universidades. Cada una de las creadas —ya en la Baja Edad Media— tenía su propio

carácter, e incluso su especialidad: así, la de París, la innovación desde el Aristotelismo, y la de Oxford, la conservación del Agustinismo. Pero, a veces, la renovación es una vuelta a lo antiguo. Pero con un matiz de respuesta a los nuevos interrogantes.

En cada bloque, y también en éste, existen rayas (fisuras menores) que también :

1. Se interinfluyen. Cada bloque al otro pero de modos dispares.
2. Se producen paralelismos en ambos bloques. Semejantes pero no iguales. Estos paralelismos no son una imitación.

Existe otro factor que podríamos denominar “factor de cuña”. Lo representa aquí la cultura judía, aquí procedente de la antigua diáspora. Esta cultura se presenta reacia a cualquier intento de unificación (que a veces tiene que simular). Esto importa: por su larga duración (hasta hoy mismo), y porque además constituye un caso de paralelismo en su papel para la cultura oriental y occidental.

Resumiendo lo dicho, podríamos reducir estas fisuras leves en los siguientes apartados:

1. Herejía cátara (que quizás no debería catalogarse como tal), que fue combatida por el orden de predicadores.
2. Irrupción de la metafísica aristotélica y su proyección en la teología.
3. Estimación de la naturaleza y la pobreza.
4. Cisma de Occidente.

El lado oriental

Vamos ahora a tratar todo esto desde el otro lado de la fisura: lado oriental, Rusia principalmente. Seguiremos el mismo camino que en el apartado anterior.

1. Las lenguas se fragmentan a partir de un subsuelo uniforme. No quedan, sin embargo, tan fragmentadas como en Occidente, no hay una separación tan tajante.

2. Respecto al primitivo subsuelo quedan con mayor vinculación al griego que al latín. Y no sólo a la lengua sino también a la cultura y modos sociales. El ruso, por ejemplo, tiene que ver con el griego en su sintaxis, por no decir en su alfabeto (tanto el glagolítico como el cirílico)

3. En lo político se produce también la fragmentación en naciones y así mismo las diversas unificaciones de éstas (así los Países Bálticos, Polonia y Rusia). Todos estos procesos similares tienen aquí un ritmo más lento. También en este apartado debemos considerar la lucha entre un poder establecido y el feudalismo .

4. Mientras que la cultura occidental queda vinculada en lo religioso a Roma, la oriental lo hace más bien a Constantinopla (hasta 1453) y luego a Moscú.

Vamos a hacer ahora una reflexión metodológica. Entre la cultura europea oriental y occidental se pueden producir las interrelaciones siguientes:

1. Una evolución completamente separada, propia sólo de una de las partes fragmentarias.

2. Una interpenetración de culturas. La fractura no es del todo “limpia” (en el sentido en el que usan esta expresión los cirujanos).

3. Una evolución similar a cada lado de los bordes fronterizos, pero sin influencia recíproca.

1. También aquí el papel de lo religioso trata de acercar e incluso, si es posible, de suprimir las fronteras. No va a lograrlo y por añadidura (lo cual encubre algo paradójico) va a ser la causa de la más grande y consolidada separación que llegó hasta el siglo XX (aunque en el aspecto religioso va a rectificar el Concilio Vaticano II en 1963). Todavía, en la actualidad, a la ahora de entender la Europa desunida, conviene tener

en cuenta esta historia de la bipartición. Vamos ahora a decir algo de estas tres posibilidades, para luego centrarnos más en el aspecto de la unión-desunión con la mirada puesta en unidad posible y necesaria.

Pongamos ahora algunos ejemplos del primer tipo. Por lo pronto la estimación del teólogo frente al místico. Existen místicos en Occidente y teólogos en Oriente, pero el espíritu subyacente está centrado en uno de los dos modos. Otro ejemplo podría tomarse del valor concedido a la humildad que al acentuarse tanto entre los eslavos concede valor a la humillación. Pensemos en los fingidos locos por el deseo de ser humillados. Sirva de paradigma el personaje de Turgueniev en el cuento *Una historia extraña*. Estas son sus palabras: “—La fuente de la fe es la renuncia, la humillación. —¿Incluso la humillación? —Sí, el orgullo, la soberbia, la arrogancia, eso hay que arrancarlo de cuajo...” (diálogo entre el protagonista-autor y el personaje femenino, Sofía). Este particular aspecto se percibe también en la vida del monje y más aun en los “locos por humillación”, los fingidos locos, los vagabundos que quieren recibir agravios para servir al evangelio. Incluso un personaje que no parece estar en esta línea, como Tolstoi, muere como vagabundo en el colmo de la humillación.

Otro ejemplo (más que ejemplo, porque salta por cima de esta categoría) es el del papel que representa el icono. Se trata de las creaciones más originales del mundo eslavo. Consiste en una representación santa y no sólo de lo santo. Sobre todo de la representación de Cristo, persona divina y humana, que no es meramente imagen visible (la parte divina no se puede traducir a imagen visible), sino que encierra en sí una parte del “poder” divino. Este modo de entender el icono llevó a una veneración exagerada del mismo, que fue considerada como sacrílega y dio lugar a la querrela iconoclasta. Existe en la representación icónica un tema favorito: “el de la Transfiguración del Señor” en la cual se figura como los discípulos entrevén

algo de la “gloria divina”. Esto puede representarse y constituye un cierto apoyo para llevar a la imagen algo de lo divino invisible. Lo que en absoluto puede resultar aceptable, y es sacrílego, es la figuración de la Santísima Trinidad de modo directo, por eso se usa comúnmente la representación indirecta de los tres ángeles que se presentaron ante Abraham, según lo narra el Génesis. La querrela tiene ya antecedentes, en forma de resquemores antes de que estalle, y conserva soterrada su vigencia en los siglos subsiguientes.

También hay que tomar en consideración la importancia del estilo literario, al que ya aludimos en el apartado anterior, que prima la oratoria, la exhortación, sobre el razonamiento.

2. Pasamos ahora a lo que podrían llamarse incursiones, o infiltraciones. Pongamos algunos ejemplos representativos. ¿Cómo importa la guerra?, ¿existe una “guerra santa”? En ambos lados se da la creencia —que se interinfluye— de la intervención del poder divino en las batallas. Esto viene en ambos lados de la lectura del Antiguo Testamento, pero cada zona tiene sus santos guerreros, a veces como Santiago Matamoros o San Demetrio de Salónica. San Jorge y su leyenda liberadora del dragón —el Mal— existe en ambos lados de la frontera.

El tema Cristológico (que se debatió en los primeros concilios, antes de la ruptura) ocupa lugar preeminente en Occidente, y el Pneumatológico, en Oriente. Pero lo que va entendiéndose por cada uno de estos temas es un punto de interinfluencia. Las incursiones ideológicas van a ser tan determinantes que acabarán con un rompimiento más serio. Una incursión del Oriente en el Occidente medieval será la influencia de los Padres griegos (Capadocios) en la Teología occidental donde fueron acogidos con suma consideración.

El mundo oriental entenderá la fe como entrega, como “historia de la salvación”. Esto también penetrará, aunque tardíamente, en Occidente donde lo religioso es considerado de modo más quiescente; es, más bien, “la conservación del

tesoro de la fe”, que está ahí para ser incorporado a los fieles y fructificar en ellos. Sobre el aspecto de la religión como entrega (tradicción), repasemos el excelente trabajo de Zubiri en su obra de reflexión sobre el sentido del fenómeno religioso.

Otra muestra nos la ofrece la interpretación del santo y su papel en la vida del cristiano. Occidente valora, y entiende mejor, al santo individual, para Oriente se da esta mejor intelección para el santo para el pueblo (Boris y Gleb). No obstante hay santos muy individualizados en ambas orillas: santos cenobitas y santos mártires. Este pueblo “santificado” ha sido magníficamente representado por el pintor Nestorov, en su composición de “la santa Rusia”.

También constituye otra muestra el uso de la razón en ambas orillas. Importa de modo privilegiado en la Teología y Filosofía occidental, mientras que la razón siempre va unida en Oriente a una interpretación mística. También aparecen brotes de Teología mística —este carácter entremezclado al que aludimos— en Occidente. Así la de los dos maestros, muy separados en las fechas —de Escoto Eriugena y Eckhardt—. También en Rusia se da la Teología racional, pero constituye un fenómeno más tardío.

Otra cara interesante lo constituye el problema —misterio para cualquier cultura— del Mal. La manera de realzarlo como fundamento de cualquier directriz humana quedó ya trazada en San Agustín (ya muy fuera del periodo que tratamos), pero su misteriosidad y urgencia se dará a lo largo de la Edad Media y llega hasta la actualidad en las dos bandas. Mientras que Occidente trata de disolver el mal en la no existencia, la oriental pretende darle realidad, corporeidad, como lo maligno —incluso el Maligno— en forma personificada. Leeremos con provecho para ilustrar este tema, la obra *Los Demonios* de Dostoievski .

3. Vamos a tratar ya de lo que ocurre a ambos lados de las zonas, pero sin interinfluencia. Hemos hablado anteriormente del supuesto en

que se mueve Rusia, y no sólo ella, del “poder” del icono, pero algo similar se dará también en Occidente. No hay sino que repasar el poder que suele concederse a tal imagen de la Virgen o de algún Santo. Esto, que ronda la superstición, también se ha señalado como peligroso para la vida religiosa en la cultura latina .

También son similares los estilos de la expresión religiosa, y su pragmática. El estilo homilético de procedencia griega y eslava (incluso muy ligado a la música) se dirige más al sentimiento, mientras que el occidental rebaja el tono exhortativo y acentúa la racionalidad. Nada de todo esto es exclusivo; son fenómenos paralelos y no propiamente influencias.

Nos resta analizar un aspecto peculiar que — cada zona cultural a su manera— tuvo influencia en las dos: el judaísmo. Mientras que el judaísmo occidental es una cuña cultural debida a la diáspora (son los descendientes de Abraham, principalmente una raza), el judaísmo oriental, en una gran mayoría, proviene de kázaros. Se trató de un grupo étnico de cultura turca que, por motivos no muy claros, se convirtió al judaísmo. En ambos lados de esta hendidura socio-cultural, el judaísmo fue siempre una cuña; muchas veces mal recibida, pero siempre aprovechada (banqueros, médicos ...). Existe, sin embargo, una diferencia esencial: los “judíos” que proceden del kazarismo no suelen ser poderosos, ni sabios y durante más tiempo han vivido apartados en *ghettos*. En ambos fenómenos se vieron implicados reyes y zares, en ambos también tuvieron un importante papel las órdenes religiosas en cuanto al contenido propiamente religioso, en ambos movimientos se puso en cuestión la validez de la representaciones divinas.

Otro fenómeno paralelo, a pesar de una aparente disimilitud, es el de los cátaros en Occidente (aunque sus raíces están en los bogomilos orientales) y la iconoclasia, de la que ya hemos hablado. Son fenómenos que se revisten de apariencia religiosa, pero que contienen una alta dosis de contenido político.

Toda esta historia, cuyo centro es Rusia, se puede agrupar en tres puntos, cada uno con su función específica, pero todos ellos cubiertos y protegidos por la ortodoxia

El primer punto fue la llamada “Rus de Kiev” centrada en esta ciudad y alrededor de su templo se Santa Sofía. Observemos dos cosas: la herencia de Bizancio y la importancia religiosa del elemento pneumatológico

El segundo fue el carácter comercial que informa la naciente cultura (que tiene su semejante en la creación de la liga hanseática) que hará despegar y levantar —a la par que colorear— la cultura de esta zona. Su principal ciudad es Novgorod que va a resultar un puente tendido entre la Rus de Kiev y la de Moscú.

El tercero que aúna los anteriores ingredientes en una nueva personalidad va a ser Moscú. Este nuevo y definitorio foco se va a corporalizar en torno a los tres Ivanos: Ivan Kalita, el heredero del sentido comercial; Ivan el Grande, constructor del nuevo gran proyecto de Estado, y por fin Ivan llamado el Terrible, que afirma, ensancha y consolida lo anterior, y termina destruyendo lo logrado. Él fue quien aceptó como insignia el águila bicéfala (que mira tanto a Oriente como a Occidente: éste es el proyecto). Tiene el mismo sentido que el que da a Europa Juan Pablo II cuando habla de los dos pulmones de Europa. Cuando en 1453 Constantinopla cae en poder de los turcos, Moscú heredará la romanidad (el reino único y universal, al menos como proyecto), la tercera Roma; el monarca toma el título de zar (césar) y autócrata que conservará hasta el advenimiento de la Unión Soviética.

Esta es la historia compendiada en una pequeña tarjeta es donde se van a desarrollar las querellas y los desgarros. En una aparente superficie continua se dan arañazos, a veces algo más, como la cuestión iconoclasta, o las modificaciones de la reforma litúrgica que separará, dentro de la ortodoxia, a los que

llamaron “viejos creyentes” y que durará hasta entrado el siglo XX.

Vemos pues que la ortodoxia no es capaz de restañar las heridas internas cuanto más la gran herida que separará (¿definitivamente?) a Oriente y Occidente, es decir, que creará la Europa desunida —de la que aquí tratamos— que no debería llamarse con propiedad Europa. Tratamos del que podría considerarse el rompimiento oficial, por decirlo así, entre lo eslavo y lo latino. La religión cristiana, en su papel unificador de Europa (Europa unida) de interconexión de estas dos organizaciones, que son partes vitales de un mismo cuerpo, fracasará; incluso propiciará la ruptura (Europa desunida). Esta Europa rota y enferma aún conserva vida, pero esta vida precaria es la que está exigiendo su restablecimiento en cuanto europeos, y aun más en cuanto cristianos es hoy un tema esencial de reflexión. Hay que fijar hoy los términos de problema, para poder encontrar una solución. Para lograrlo repasemos brevemente los pasos del cisma. La comprensión de todo esto podemos fijarla en dos puntos:

1. La escisión de Europa en dos zonas llamadas —con impropiedad— ortodoxia y catolicismo.
2. Diversos intentos de restauración. En ellos se llega casi a la unificación —siempre faltó el casi— como ocurrió en el concilio de Florencia-Ferrara. Se logra y ratifica la unión, pero de hecho no ocurre, porque ya los bordes de ambos bloques estaban demasiado endurecidos.

La figura representativa de la separación fue Focio (murió en el año 891). Este complejo personaje fue un hombre culto y de talento político. También tuvo repercusiones teológicas (que iban estrechamente unidas a sus proyectos políticos), fueron éstas el sacar a flote la cuestión del “filioque” (añadido posterior —y según Focio erróneo— al credo de Nicea-Constantinopla) que serviría de sustento teórico a la ruptura que ya latía en el mundo oriental. Como en toda reforma religiosa (piénsese, por

ejemplo, en el luteranismo, o en el mencionado catarismo) se tienen en cuenta las malas costumbres, no concordes con el evangelio, y sobre todos los vicios del clero de carácter erótico y lujoso, Roma condenó la doctrina teológica de Focio (863), y esto se consideró una intromisión romana, en un mundo ya muy predisposto a recibirla de esta manera.

La escisión se consuma dos siglos después con Miguel Cerulario. La política subraya este suceso con una política contraria al cristianismo romano (por ejemplo, se mandan cerrar multitud de iglesias católicas). Roma insiste en un cuestión muy impopular entre los orientales: el primado del Papa de Roma (es un fenómeno paralelo al que se dará en Occidente con Huss, y el hussismo de Praga, y después con Lutero). Desde Roma se redacta un texto de excomunión para la ortodoxia de carácter insultante (los llama nicolaítas, simoniacos, etc.), y este texto es recibido por el pueblo como un insulto directo, como dirigido especialmente a él.

Ahora tenemos que decir que, tras diez siglos de separación eclesiástica, se llega, en 1965, en la clausura de Vaticano II, a dar fin a esta excomunión mutua (Pablo VI y Atenágoras se dan mutuamente la paz). Desde entonces, y sobre todo con Juan Pablo II, no han dejado de darse muestras de reconciliación y unificación. Mejor aún por un Papa Eslavo, que entiende fundamentalmente bien las cuestiones que aquí hemos tratado.

Final

Así pues, hemos analizado el corte profundo entre dos mundos culturales y sociales. También hemos mencionado el intento, tan fructífero, de reparación eclesiástica en la actualidad. Queda por decir que el intento de reconstituir Europa no es posible sin atender a estos problemas y repararlos políticamente, como se han repasado con el elemento unificador del cristianismo. A estas fechas hay que preguntarse: ¿Se lleva este camino? ¿La futura Europa va a serlo efectivamente? ¿Va a desaparecer la razón de nuestro título “Europa

unida y desunida” para convertirse en una Europa? Si este proyecto no se lleva a cabo (su gran dificultad es la prevalencia del criterio económico sobre cualquier otro), no habrá Europa sino “otro” tipo de unidad (si es que llega a haberla), pero quedará ésta seccionada de la tradición que es lo que hace vivir a la Historia de las comunidades humanas.